



Sobre la portada

Título: *Marcha por la paz en Granada, 2008* ©

Autor: *Jesús Abad Colorado*

Técnica: *Fotografía*

Sobre la fotografía

Granada, Antioquia, 5 de septiembre de 2008.

En la marcha por la vida para honrar a los ausentes y sobrevivientes del municipio, se unieron campesinos de todas las veredas y edades. Fueron ellos, como sucedió en toda Colombia, los perdedores de este largo conflicto armado que se ha devorado, durante décadas, las vidas y las tierras de las víctimas.

Granada, antes del año 2000, contaba con dieciocho mil habitantes y vio disminuir su población de manera alarmante. Cerca de nueve mil personas huyeron entre los años 1999 y 2003. Más de cuatrocientas personas, en este mismo periodo, fueron asesinadas por los distintos actores armados.

Dos de las agresiones más fuertes, vividas por este pueblo, fueron en noviembre y diciembre del año 2000. En ambas tomas armadas (por las Autodefensas Unidas de Colombia —AUC— y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC—), murieron más de cuarenta personas y fueron destruidas total y parcialmente cerca de 258 viviendas y locales comerciales.

El sábado 9 de diciembre del 2000 y en medio de las ruinas, la población se organizó para marchar contra todo tipo de violencia y para reconstruir, desde ese día, moral y físicamente, su pueblo. Incluso, en medio del dolor y los escombros, se celebró la boda de Beatriz García y Óscar Giraldo, quienes no suspendieron su matrimonio, como signo de esperanza.

La población granadina nunca ha parado de marchar desde entonces. Marchas, como la del ladrillo, y actos por la vida, la reconciliación y el perdón, se volvieron comunes entre sus habitantes y organizaciones sociales. Hoy cuentan con un espacio de memoria llamado “Salón del Nunca Más”, y entre ellos crearon un Comité de Vida, para que la historia dolorosa no se repita jamás.

Jesús Abad Colorado

Jesús Abad Colorado

Jesús Abad Colorado tiene el ojo fotográfico. Es un don. Así como se decía de los médicos —antes de la parafernalia mecanicista— que tenían el ojo clínico. Es el ojo que percibe el mundo tras su apariencia, por el contrario, dinamizándola, haciéndola comprensible. O sea, el ojo que penetra, que cava hondo, que logra destapar las esencias, a menudo ocultas tras su confuso paramento. Desde el visor de su cámara, Colorado es sacudido en su entraña por los mundos que percibe. Sus fotos son revelación.

Es la percepción del instante de que hablaba Cartier-Bresson. De pronto, en la instantánea dada por el diafragma que se abre y se vuelve a cerrar, advierte que el mundo se revela de súbito ordenado en el cuadro. Pues al momento siguiente será de nuevo el caos y la confusión. Aquel en el cual transcurre el torbellino de la vida. Que el mundo es río y turbulencia. Gracias a esa fijación del instante el mundo adquiere su verdadera significación. Pero hay que tener corazón. Las fotos no se toman con el dedo en el obturador, sino mediante las vibraciones del alma. Las fotos de Jesús Abad Colorado muestran un corazón sensible, lacerado por las miserias del mundo.

Habría que decir que la técnica solo —en arte, como en cualquier oficio— es irrita. El creador que se queda en la técnica cae en el preciosismo. Pero es apenas obvio señalar que la técnica es soporte indispensable para revelar el mundo. Fotógrafo de prensa (aquí, en este periódico) que son los más vivos, los más próximos a la realidad, Jesús Abad tiene ese soporte. En sus fotos se da la simbiosis entre forma y fondo. Cumple el postulado de decir el mundo en la belleza. Que la belleza no es postal: puede ser laceración. Por eso sus imágenes dicen más que mil palabras. Al fin, la palabra es una abstracción, susceptible de ser manipulada. En cambio la foto es rotunda. No puede negarse.

Qué triste mundo el que tenemos construido en Colombia. Un mundo de ataúdes. Y la presencia de la muerte, no ya como visitante inesperada, no ya como hosca intrusa, pero ni siquiera como bruja sanguinaria, sino como contertulio más en la mesa de la vida. Pero en una vida que se trasmuta, segundo a segundo, en muerte. Y que es sólo prefiguración de la muerte. Pasa la muerte revestida de ataúd, y los contertulios, de espaldas, siguen jugando dominó. Anda la muerte en carretilla como si fuera un racimo de plátanos. Va en hombros la muerte, desolado el cortejo, y los marranos hociquean en el barro. La muerte ha perdido su majestad y reverencia. Por eso la quitamos y la entregamos sin pavor, sin culpa y sin misterio. En qué abismo desastrado hemos sido arrojados por la muerte. Se produce un dolor callado, que ni siquiera tiene el riego de las lágrimas. Las velas del velorio en un tablón. El desamparo. El niño, manchado de barro o de pelagra, avanza, de espaldas y desnudo, por un camino sin meta ni esperanza.

En este orden tétrico las armas son soberanas. Con su mini Uzi en el regazo, el hombre de guerra alza el niño hasta su cara. ¿Dónde está su ternura? Triste un país donde es señora la muerte, y las armas, comadronas. Triste y agónico.

Alberto Aguirre

Marzo 3 de 1997

Reproducido, con autorización, de:

Aguirre A. El arte de disentir: columnas. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT; 2014. pp. 258-9.



Esta obra se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
Más información: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>